

Capítulo 8:1 - 28

En nuestro recorrido por el libro de los hechos de los Apóstoles, llegamos hoy al capítulo 8. En este capítulo tenemos la conversión del Eunuco Etíope. Acabamos de llegar a la segunda división mayor del libro de los Hechos. Usted recordará que habíamos dividido este libro según la comisión del Señor dada allá en el capítulo 1, versículo 8. Primero debían testificar en Jerusalén; después en Judea; luego en Samaria, y por último a todo el mundo. Pues bien, llegamos ahora a la segunda sección que describe la obra del Señor Jesucristo mediante el Espíritu Santo, a través de los apóstoles en Judea y en Samaria. Esta sección del libro incluye los capítulos 8 hasta el 12.

Ahora, usted recordará que el capítulo 7 concluyó con una escena muy extraña. Incluía a dos jóvenes que tuvieron una influencia muy grande sobre la Iglesia primitiva. Uno de ellos era Esteban, diácono, un joven que entregó su vida. Es decir, fue el primer mártir de la Iglesia. El otro era un joven fariseo que aprobó el apedreamiento de Esteban. Y su nombre era Saulo. Leamos pues el primer versículo de este capítulo 8 de los Hechos:

Hechos 8:1 “. . . Judea y de Samaria, salvo los apóstoles.”

Saulo participó en la persecución de Esteban. El dio sus vivas. Ahora, este joven Saulo de Tarso se admiró cuando vio el rostro de Esteban. Esteban miró al cielo y dijo que allí estaba viendo parado a la diestra de Dios al Hijo del Hombre. Este joven Saulo también miró hacia arriba, pero no vio nada. Pero, amigo oyente, de veras que deseaba ver. Era un fariseo muy devoto. Más tarde, él sí vería. Y creemos que Esteban es quien preparó a Saulo para la aparición del Señor Jesús en el camino de Damasco.

Saulo llegó a ser el perseguidor principal de la Iglesia. Esto hizo que la Iglesia se dispersara, lo que realmente, contribuyó al crecimiento de la Iglesia. Todos los creyentes habían permanecido en Jerusalén, y no creemos que hubieran salido si no hubiera sido por causa de la persecución. De modo que Saulo de Tarso inició, por medio de la persecución, la obra misionera de la Iglesia primitiva.

Según el versículo 8 del capítulo 1 de los Hechos, Judea y Samaria eran los próximos territorios en los cuales el Señor les había mandado que entraran. Judea abarcaba los alrededores de Jerusalén, y Samaria la región al norte de Jerusalén. Continuemos leyendo el versículo 2 de este capítulo 8 de los Hechos:

Hechos 8:2 “. . . Esteban, e hicieron gran llanto sobre él.”

Quisiéramos hacer aquí unas pocas observaciones en cuanto al entierro cristiano. Hay una pregunta que surge hoy en día, y es la siguiente: ¿Es malo o es bueno que los cristianos sean cremados? No hay nada en toda la Biblia en contra de la cremación. Nadie perderá su salvación al ser cremado. Sin embargo, el método de entierro para un cristiano es como el sembrar una semilla. Es como poner el cuerpo en un hotel para que pueda dormir.

El apóstol Pablo se refiere a esto en su Primera epístola a los Tesalonicenses, y también habla en detalle en cuanto a esto en su primera carta a los Corintios, capítulo 15. Uno no quema la semilla antes de sembrarla. Uno tampoco quema el cuerpo de una persona antes de ponerlo en un hotel para que pueda dormir. Estamos seguros de que el cuerpo de Esteban debe haber estado terriblemente mutilado. Aun así, dice que los hermanos creyentes lo llevaron tiernamente y lo pusieron en la tierra, así como usted sembraría una semilla. Esteban ya se había ido a la presencia de Cristo, quien le estaba esperando. Pero, su cuerpo entró en la tierra y se quedará allí hasta cuando sea levantado nuevamente.

El apóstol Pablo dice en su primera carta a los Corintios, capítulo 15, versículos 42 al 44, lo siguiente: *“Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual.”* Ahora, no podemos ver cómo la cremación manifieste esta idea. Creemos que la descripción de un verdadero entierro cristiano debe ser más acorde con la idea de sembrar una semilla. Hay quienes protestan que no tenemos más espacio para

enterrar. Amigo oyente, esta vieja tierra ya ha recibido cuerpos por miles de años, y todavía hay cupo para más.

Allá en el libro de los Proverbios, capítulo 30, versículos 15 y 16 leemos: *“Tres cosas hay que nunca se sacian; aun la cuarta nunca dice: ¡Basta! El Seol, la matriz estéril, la tierra que no se sacia de aguas, y el fuego que jamás dice: ¡Basta!”* Volviendo ahora al capítulo 8 de los Hechos, leamos el versículo 3:

Hechos 8:3 “... arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba en la cárcel.”

Este era un joven lleno de celo. Recuerde que más tarde escribió de sí mismo en su carta a los Filipenses, capítulo 3, versículo 6, diciendo: *“... en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia.”* Vemos aquí el efecto de la persecución, efecto que siempre ha sido el mismo. En realidad, no estorbó a la Iglesia, sino que adelantó la obra de la Iglesia, pues según lo vemos en el versículo siguiente, versículo 4 del capítulo 8 de este libro de los Hechos:

Hechos 8:4 “... iban por todas partes anunciando el evangelio.”

Más tarde, el apóstol Pablo daría este mismo tipo de testimonio después de que fuese echado en la cárcel de Roma. Allá en su carta a los Filipenses, capítulo 1, versículo 12, escribió: *“Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido han redundado más bien para el progreso del evangelio.”* No creemos que la Iglesia pueda ser dañada desde afuera. Puede ser dañada desde adentro, como veremos más tarde en este capítulo. Ahora, se nos presenta a Felipe, el segundo diácono, aquel que Dios usó de una manera maravillosa. Ahora, Felipe llegó a ser un testigo en el extranjero, después de la muerte de Esteban. Y esto ya lo vemos en el versículo 5. Leamos el versículo 5:

Hechos 8:5 “... Samaria, les predicaba a Cristo.”

El Señor Jesús había dicho que debían serle testigos en Jerusalén, y en Judea, y en Samaria. Ahora vemos que la Palabra va hasta Samaria. Continuemos, versículo 6:

Hechos 8:6 “... Felipe, oyendo y viendo la señal que hacía.”

Usted recordará que Esteban había ejercido dones junto con señales, y ahora vemos que a Felipe le fueron dados aquellos mismos dones. Ahora, todos no los tenían. Fueron dados a los que ocupaban puestos de autoridad, a quienes llevaban la Palabra de Dios al mundo. Llegó el día cuando aquellos dones acompañados de señales desaparecieron. Desaparecieron después de los tiempos de los apóstoles, cuando el canon de la Escritura fue completado y establecido. La doctrina es establecida por medio de las Escrituras. Los dones junto con las señales ya no son necesarios para vindicar la verdad y la autoridad de las Escrituras. Continuemos con los versículos 7 y 8 de este capítulo 8 de los Hechos:

Hechos 8:7-8 “... así que había gran gozo en aquella ciudad.”

El evangelio ha llegado ahora a Samaria. Felipe fue bien recibido en Samaria y allí el evangelio trajo gran gozo, ¡quién lo hubiera creído! Veremos ahora que la Iglesia está creciendo rápidamente. Pero, como resultado de este movimiento popular, había quienes, aunque no eran creyentes de ninguna manera, se asociaban con la Iglesia. En realidad, eran inconversos, pero hacían una profesión de fe. Y conoceremos ahora a uno de estos. Leamos el versículo 9 de este capítulo 8 de los Hechos:

Hechos 8:9 “... Samaria, haciéndose pasar por algún grande.”

Este hombre alegaba tener un don que era acompañado de señales. Y esto claro lo estableció como “*un gran personaje.*” Y notamos que pasa lo mismo hoy en día. Si alguien alega ser un sanador de fe, créanos, amigo oyente, que eso coloca a esa persona, en una clase especial. Ahora, puede ser que algunos declaren que los sanadores de fe son personas muy humildes. Pero tememos que la humildad sea para ellos algo que se pueda poner o quitar como un vestido. La humildad amigo oyente, no se manifiesta en las reuniones donde una persona supuestamente esté sanando a los

enfermos y alegando que él o ella es la única persona por allí que tiene ese don. Eso no es humildad. Eso es decir que usted es “algún grande.” Y eso es lo que hacía Simón el mago. Continuemos con los versículos 10 y 11 de este capítulo 8 de los Hechos:

Hechos 8:10-11 “... sus artes mágicas les había engañado mucho tiempo.”

Estos hombres creían que Simón el mago era como un dios. Y lo mismo que esa gente, hay muchos hoy en día, que son engañados. Amigo oyente, no sea usted engañado por algún hombre ni por su poder. Aun si un hombre está predicando la Palabra de Dios, no mire al hombre. Mire a la Palabra de Dios y compruebe si la está presentando con exactitud. Mire a Dios. Vuélvase a Él. Cuando quitamos los ojos del Señor Jesucristo, amigo oyente, entonces ponemos los ojos en el hombre. Y eso es lo que pasó en Samaria. Ahora, leamos el versículo 12:

Hechos 8:12 “... Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres.”

Felipe predicó el evangelio en Samaria, y muchos hombres y mujeres creyeron. Simón se encontró con Felipe y al parecer, hizo una profesión de fe bajo el ministerio de Felipe. Creemos que Simón es el primer estafador religioso en la Iglesia, pero no el último. Profesó ser creyente durante el avivamiento de mucho alcance que tuvo lugar en Samaria, bajo el ministerio de Felipe. Cumplió todo el ritual externo. Profesó creer, pero no entró en la fe salvadora; fue bautizado y llegó a ser amigo de Felipe. Ahora, el versículo 13 dice:

Hechos 8:13 “... y viendo la señales y grandes milagros que se hacían, estaba atónito.”

A este Simón se le mostró el camino de Jesucristo, y se quedó impresionado. Sin embargo, no se convirtió. Ahora, fíjese usted que hay otros también que se dicen ser creyentes, y que profesan, pero que no son salvos. No han renacido. Tienen un conocimiento sólo intelectual, es decir, solo mental y acompañan a los otros hermanos, pero en realidad no son salvos. Estos quizás hasta han sido bautizados con agua, pero no han sido bautizados con el Espíritu Santo.

Hay muchos hoy en día, así como Simón el mago. Recibimos muchas cartas de amigos radioescuchas que nos cuentan que desde que han estado estudiando la Biblia, mediante nuestro programa A Través de la Biblia, han comenzado a examinar su fe. Muchos se han dado cuenta de que han estado simplemente siguiendo o acompañando a otro, pero que ellos mismos no habían sido convertidos en verdad. Ahora, es necesario que nos examinemos. El apóstol Pablo dice lo siguiente, allá en su segunda carta a los Corintios, capítulo 13, versículo 5: *“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos.”* Examínese amigo oyente, si está en la fe o no está. Este hombre Simón tenía todos los adornos externos. Respondió que creía en Jesús, y por tanto fue bautizado. Pero en realidad, no era salvo. No tenía una fe genuina. Leamos los versículos 14 al 16 de este capítulo 8 de los Hechos:

Hechos 8:14-16 “... solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús.”

Cuando los apóstoles se enteraron de que había un gran movimiento del Espíritu en Samaria, enviaron a Pedro y a Juan para verificarlo. Y hallaron una gran compañía de creyentes que profesaban, pero que no habían sido renacidos realmente. No habían sido bautizados con el Espíritu Santo. El Espíritu de Dios no moraba en ellos. No eran salvos. Habían cumplido una ceremonia externa. Y amigo oyente, el cumplir una ceremonia no le hará cristiano. Vemos aquí que a Simón por ejemplo le gustó la idea de hacer milagros. Ahora, leamos el versículo 17:

Hechos 8:17 “... les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo.”

Es posible que Felipe no hubiera explicado todos los hechos y las condiciones del evangelio. Puede ser que ellos no los hubieran aceptado. En todo caso, ahora son traídos a una compañía con los apóstoles. Ahora creen al evangelio y creen en el Señor Jesucristo. Y ahora, el Espíritu de Dios ha entrado en ellos.

Creemos que es necesario considerar esto a la luz de su medio circundante histórico. La comisión fue dada a los apóstoles de que abrieran cada nueva región al evangelio. En el día de

Pentecostés, el evangelio fue proclamado en Jerusalén. Ahora, Pedro y Juan debían llevarlo a Samaria y a Judea. El apóstol Pablo sería el apóstol a los gentiles. Dios lo planeó de tal manera, que un apóstol abriría cada nueva región del mundo a la predicación del evangelio. Jesús les había mandado que hicieran eso. Y ahora, lo vemos cumpliéndose aquí en Samaria. Leamos ahora los versículos 18 y 19 de este capítulo 8 de los Hechos:

Hechos 8:18-19 “... a quien yo impusiere las manos, reciba el Espíritu Santo.”

Simón el mago, quería pagar por el don. ¿Por qué? Porque este hombre era un estafador religioso. Quería emplearlo para ganancia propia. ¡Cuántas alegaciones similares son hechas hoy en día, amigo oyente! Alegan que grandes milagros se hacen en sus reuniones y “humildemente” dicen que ellos no tienen nada que ver con esos milagros. Si es así, ¿por qué pues permiten seguir con esta clase de engaño? En realidad, la palabra que se usa aquí es hechizar. Engañan a la gente por hechizo. Hoy en día, amigo oyente, hay estafadores religiosos que engañan a multitudes de personas. Y esto es lo que daña a la Iglesia.

La persecución de afuera no dañó a la Iglesia. Dispersó a la Iglesia y en realidad ayudó para el adelanto del evangelio. Lo que dañó a la Iglesia amigo oyente, fue la entrada de hombres que profesaban ser creyentes cuando en realidad no lo eran. La Iglesia siempre es dañada cuando esto ocurre. Lo mismo ocurrió con el Señor Jesús. Fue traicionado desde adentro. Uno de Sus propios discípulos lo traicionó. Su propia nación lo traicionó al Imperio Romano. El Imperio Romano le crucificó.

Y todavía ocurre lo mismo en el día de hoy. La Iglesia es traicionada desde adentro. Es como el caballo de madera que fue traído a la ciudad de Troya. La ciudad era impenetrable. Era invulnerable hasta cuando el caballo de Troya se metió adentro. El diablo principió por perseguir a la Iglesia, luchando contra ella desde afuera. Y descubrió que no tenía éxito. La persecución simplemente esparcía el evangelio. Entonces, decidió principiar su trabajo por dentro. Y allí es donde se puede

meter y hacerle verdadero daño. ¡Cuántos Pastores pueden testificar de esto hoy en día! Estamos seguros de que hay hermanos que nos están escuchando hoy, que dicen un ¡amén! a lo que estamos diciendo. Bien, continuemos con los versículos 20 y 21 de este capítulo 8 de los Hechos:

Hechos 8:20-21 “... porque tu corazón no es recto delante de Dios.”

Es por esto por lo que dijimos que este hombre no se había convertido. Simón Pedro declara que su corazón no era recto delante de Dios. No es convertido. Su gran interés es el dinero. Eso era lo que le importaba a este hombre. Ahora, versículos 22 y 23:

Hechos 8:22-23 “... y en prisión de maldad veo que estás.”

No se lo puede decir más claro que esto, amigo oyente. Simón Pedro lo dice con toda claridad. Y ahora, observe usted lo que ocurre aquí en el versículo 24:

Hechos 8:24 “... nada de esto que habéis dicho venga sobre mí.”

Ahora, Simón no pide ser salvado. Fíjese usted que no ora que sea salvado. Simplemente no quiere que ninguna de estas cosas le pasen. Ahora, no somos jueces, pero no creemos que este hombre jamás fue salvo. Continuemos con el versículo 25:

Hechos 8:25 “... poblaciones de los samaritanos anunciaron el evangelio.”

El evangelio principia su viaje hasta lo último de la tierra. La Iglesia principió en Jerusalén. Los apóstoles estaban allí y una Iglesia se estableció allí. Pronto el centro de operaciones se cambiaría a Antioquía. Más tarde se cambiaría a Éfeso. Luego se cambiará a Alejandría, y más tarde a Roma. Ahora, hoy en día, no creemos que haya ningún centro en particular para la Iglesia. Ha salido hasta lo último de la tierra. Ahora, creemos que uno de los vehículos más eficientes para hacer que el evangelio llegue hasta lo último de la tierra es la radio. Claro que es un método mecánico. Es muy probable que hayamos fallado en cuanto a nuestras relaciones personales, los unos con los otros.

Pero, todavía es cierto que por medio de la radio podemos hacer lo que no se ha hecho antes. Por este medio podemos hoy alcanzar a quienes no nos es posible alcanzar personalmente.

Pasemos ahora a considerar el encuentro de Felipe y el eunuco etíope. Llegamos ahora a una nueva sección de este capítulo 8 y también a otra parte del ministerio de Felipe. El evangelio había ido hasta Samaria y había muchos verdaderos creyentes como resultado de la predicación del evangelio. Pero también vimos que fue en Samaria donde la maldad entró en la Iglesia por medio de Simón el mago. De modo que por medio de contraste con Simón el mago, llegamos ahora a la experiencia de Felipe con el eunuco etíope. Este hombre fue guiado a Cristo y su fe sí fue genuina. Llegó a ser un maravilloso hombre de Dios. Leamos ahora el versículo 26 de este capítulo 8 de los Hechos:

Hechos 8:26 “. . . Jerusalén a Gaza, el cual es desierto.”

Samaria queda en una región al norte de Jerusalén. Ahora, Felipe es enviado al sur. Gaza queda en el sur y cerca al Mediterráneo. Esta era la vía corriente en que se viajaba para volver a Egipto y a Etiopía. Felipe había estado hablando a multitudes en Samaria y ahora es enviado a un desierto. Tiene que salir del lugar donde ha habido un gran movimiento del Espíritu de Dios e ir a un lugar solitario. Sin embargo, cuando llega allí, descubre que Dios tiene a alguien allí a quien él debe testificar. Leamos los versículos 27 y 28 de este capítulo 8 de los Hechos:

Hechos 8:27-28 “. . . en su carro, y leyendo al profeta Isaías.”

En los capítulos 8, 9, y 10, encontramos el registro de tres casos de conversión muy interesantes. Creemos que estos tres casos han sido seleccionados y nos han sido dados para nuestra instrucción. El capítulo 8 describe la conversión del eunuco etíope, hijo de Cam. El capítulo 9 describe la conversión de Saulo de Tarso, hijo de Sem. Y el capítulo 10 describe la conversión de Cornelio, un centurión romano, hijo de Jafet.

Usted recordará que toda la familia humana está dividida en estas tres categorías diferentes. Esta fue una división etnológica y geográfica que se hizo después del diluvio. Cam, Sem, y Jafet fueron hijos de Noé. Encontramos aquí que el evangelio llega hasta los representantes de estas tres divisiones de la familia humana. También notará usted por estos ejemplos, que en una conversión hay tres factores que tienen que entrar en juego antes de que pueda haber una conversión genuina. Y todos tres son evidentes en estas tres conversiones representativas.

En primer lugar, tenemos la obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo había guiado a este hombre Felipe hacia Samaria y allí hubo un gran movimiento del Espíritu de Dios. Luego el Espíritu de Dios lo guio a Gaza y nuevamente vemos el movimiento del Espíritu de Dios, esta vez en el corazón del eunuco etíope. El Espíritu de Dios había ido delante de Felipe para preparar los corazones que serían alcanzados con el evangelio. Y el Espíritu Santo también preparó al mensajero.

Esta dirección del Espíritu de Dios es un punto esencial. Y tememos que muchísimo del trabajo que se hace hoy en día, sea hecho de una manera casual, sin la dirección debida del Espíritu de Dios. Creemos que es necesario orar, y orar mucho, antes de hablar con alguien en cuanto al evangelio. Debemos hablar con Dios antes que hablemos con cualquier individuo acerca del Señor. No es simplemente que necesitamos que el Espíritu Santo nos guíe. Lo que necesitamos es que el Espíritu de Dios vaya delante de nosotros para preparar el camino y para llamarnos a ir a donde Él está. Queremos ir a donde el Espíritu de Dios está obrando. Esto es lo primero que es esencial en la conversión. Hallamos esto en la conversión del eunuco etíope y también en la conversión de Saulo y de Cornelio.

Y vamos a detenernos aquí amigo oyente, porque se nos acabó el tiempo. Continuaremos Dios mediante, en nuestro próximo programa. Hasta entonces, que Dios le bendiga abundantemente.